

en muchos puntos de sus dilatados dominios. Si Venecia no hubiese tenido que hacer frente simultáneamente a otras complicaciones, no la habría espantado la ira del sultan, al cual habría podido hacer frente con grandes probabilidades de quedar vencedora, porque según una nota estadística de aquel tiempo disponía de los recursos siguientes en 1423: la capital tenía 190,000 habitantes; la superficie territorial era de 2,000 leguas cuadradas; la deuda del Estado subía á 6 millones de ducados, y el ingreso anual del tesoro á un millon. El movimiento anual del comercio se calculaba en 10 millones, y en 4 millones el beneficio que arrojaba para el país. El número de buques mercantes era 3,000, y la armada se componía de 45 naves ó galeras mayores y 300 menores ó de transporte. Toda la marina junta contaba con 19,000 marineros y 16,000 carpinteros navales. Pero sin contar con las antiguas diferencias que existían entre la república de las lagunas y la de Génova, estaba Venecia á la sazón á punto de romper con la Hungría. Mas funesta que todo fué para la república la política del gran dux Francisco Foscari, que se había encargado del gobierno el 15 de abril de 1423, y cuya mira principal iba dirigida á la extensión del poder de su nación en el continente italiano. A este fin su primer cuidado fué expulsar del trono de Milan la casa de Visconti; lo cual originó larga y complicada guerra que paralizó notablemente las fuerzas de Venecia en Oriente, donde era ya tan difícil hacer frente con buen éxito á las embestidas del poder turco, siempre creciente, atendida la extensión de las posesiones de Venecia. Estas comprendían desde Zara, recuperada en 1409, hasta el Mar Egeo, y además tenía en la Morea, en Albania y en la frontera occidental de Servia territorios cuyos innumerables y encontrados intereses locales no permitían siquiera aunar los elementos cristianos. Solo por mar sostuvo la república durante mucho tiempo todavía su superioridad; y gracias á ella le concedió Amurates en abril de 1426 un armisticio, en el cual se estipuló que Venecia conservaría la ciudad de Salónica en cambio de un tributo anual de 10,000 ducados y una cantidad igual por sus posesiones albanesas. Pero muy pronto se vió que el sultan solo había querido ganar tiempo con esto para completar sus armamentos en grande escala. Todos los esfuerzos diplomáticos de la república, encaminados á desviar la tempestad, resultaron vanos, y en 1428 estalló la guerra de nuevo, esta vez en perjuicio de los venecianos.

Las expediciones piráticas de los turcos á Negroponto, y sus hostilidades contra Salónica, donde se hallaba estacionada desde el verano de 1427 una respetable escuadra veneciana, fueron el preludio de la nueva guerra. En vano se esforzó el embajador de la república en hacer desistir al sultan de su empresa, y vanas fueron también las maquinaciones para armar contra él adversarios en Africa. La ciudad de Salónica fué bloqueada estrechamente por los turcos, y á pesar de los grandes esfuerzos del duque Pablo Loredano y del comandante Andrés Donato, fué tomada por asalto el 29 de marzo del año 1430. Antes de suceder esta catástrofe había atacado el almirante veneciano Andrés Mocenigo con su escuadra la plaza de Galípoli en agosto de 1429 para desviar de Salónica las fuerzas de Amurates; pero su ataque se estrelló contra la vigilancia y el valor de los defensores. La situación se había ido empeorando en Salónica. La población griega, especialmente las clases altas, acostumbradas al flojo régimen bizantino, estaban disgustadas del rigor inexorable de la administración veneciana, que si bien había conseguido sofocar todo conato de sedición, nada pudo contra la creciente indiferencia ni contra la emigración de los habitantes; de modo que muy pronto los jefes venecianos para defender la ciudad solo pudieron disponer de sus tropas poco numerosas y de

algunos baluartes que habían levantado. En estas condiciones se comprende que Amurates al encargarse personalmente de las operaciones pudiera tomar con sus fuerzas numerosas en la fecha citada la plaza por asalto del lado Este. Una pequeña parte de los venecianos pudo salvarse á bordo de sus buques. La magnífica ciudad de San Demetrio, baluarte secular de los bizantinos, pasó para siempre á manos de los turcos y cesó desde entonces de ser ciudad griega. A los primeros horrores del asalto siguieron el saqueo general y la venta de los habitantes como esclavos; y para no dejar la plaza completamente desierta el mismo sultan tuvo que rescatar una parte de los cautivos comprándolos á sus soldados. Fueron sin embargo tan pocos los redimidos, que con los que luego regresaron á sus hogares por efecto de las disposiciones del sultan, no pasó su número apenas de mil durante mucho tiempo, ni era mayor el de los turcos que al principio inmigraron en la ciudad procedentes de Janiza (ó Yeniché) á orillas del Bajo Vardar. Poco á poco, en el espacio de algunas décadas, inmigraron muchos judíos. Despues la ciudad adquirió el aspecto y carácter de musulmana, que conserva todavía, cuando el sultan Amurates, que por lo demás nada descuidó para conservarle su importancia política, arregló en 1432 el gobierno interior y las relaciones entre las diferentes confesiones, dejando á los cristianos cuatro de sus iglesias mas antiguas, entre ellas la de San Demetrio, que despues en 1480 les volvió á quitar Bayaceto II para trasformarla en mezquita. Las demás iglesias y conventos que eran muchos, fueron en parte transformados con el tiempo en mezquitas ó dedicados á otros objetos, ó derribados. La primera que se dedicó desde luego al culto mahometano fué la actual mezquita de Eski-Dchami, y á medida que creció la población turca fueron trasformadas otras iglesias en los reinados de Mahomed II y de sus sucesores, como las mezquitas de Aya-Sofia, de Ortadchi-Efendi que era la Rotonda de San Jorge, y otra que fué antes la iglesia dedicada á los Apóstoles. La ciudadela antigua ó sea el Heptapirgio fué trasformada en palacio del sultan y en fuerte llamado Yedi-Culeler-Calesí.

Mientras la caída de Salónica producía en los habitantes perspicaces de Constantinopla lúgubres presentimientos, el gobierno de Venecia se apresuraba á conformarse con la pérdida de la ciudad cuya corta posesión le había causado 700,000 ducados de gastos, y se resignaba á hacer la paz con el sultan. Las luchas que á la sazón Venecia sostenía en la Italia septentrional le impedían dedicar todas sus fuerzas á sus posesiones de Levante. Cierta que el gobernador veneciano de la bien fortificada plaza de Lepanto en Etolia, Orsato Giustiniani, había defendido con valor y buen éxito contra un ejército turco en 1429 esta posesión que la república había comprado en 1407 del magnate albanés Pablo Spata á la sazón en guerra con la casa de Tocco; pero de todos modos el gobierno de la república se dió por contento al firmar en 4 de setiembre de 1430 con Amurates II un tratado de paz en el cual cedió á este soberano solemnemente la ciudad de Salónica, reservándose solamente en ella una factoría con su consulado ó sea tribunal de comercio correspondiente. Obligóse además á pagar al sultan un tributo anual por sus demás posesiones en Grecia, y Amurates en cambio garantizó á la república todas estas posesiones, incluso el ducado de Naxos.

La caída de Salónica tuvo naturalmente consecuencias trascendentales, y entre otras la de hacer pasar al poder de los turcos un gran territorio, sometido últimamente á la familia italiana de los Tocco, á saber, el principado de Epiro, ó su mayor parte con la plaza de Janina.

Segun hemos referido en otra parte, los otomanos habían

extendido su influencia ya en el reinado de Amurates I hasta el extremo Sudoeste de la península de los Balcanes, cuyos países estaban agitados por las incesantes luchas entre los caudillos albaneses y los señores francos. Esaú Buondelmonti, á su muerte ocurrida en 1403 había cedido sus derechos sobre el Epiro á Carlos I Tocco, duque de Leucadia y yerno de Rainero I de Atenas, varon inteligente y enérgico que consiguió primero establecerse en 1405 en Etolia y Acarnania, y conmovió en 1418 el dominio de los albaneses en el Epiro meridional con el auxilio de los habitantes griegos irritados contra aquellos tiranos. Carlos Tocco conquistó finalmente á Arta y Janina y expulsó de todos estos territorios la población albanesa ingobernable, la cual en masa emigró á la Grecia central y meridional, á saber, á Misitra. Pero este soberano enérgico murió el año 1429 el 4 de julio sin haber tenido tiempo de consolidar su imperio, que en seguida se desmembró. No dejando sucesión legítima, los hijos ilegítimos disputaron la herencia al heredero nombrado por el difunto, es decir, á su sobrino Carlos II que reinó desde 1429 hasta 1448. A este había instituido Carlos I heredero no solo del patrimonio de la casa Tocco, sino también de las islas Jónicas, menos Corfú y Leucadia, y de las ciudades y territorios de Arta y Janina. A sus hijos ilegítimos, á cuya cabeza figuraba el príncipe Memnon, había dejado la Acarnania; pero no estando satisfechos con este lote, tuvieron la imprudencia de invocar el auxilio del sultan Amurates contra Carlos II, el heredero universal. Amurates muy contento, tan pronto como se hubo apoderado de Salónica, envió á su general Sinan-bey á prestar auxilio á Memnon con un ejército que engrosó con las tropas que quedaron disponibles al levantar el sitio de Lepanto. Contra estas fuerzas nada pudo Carlos II y se hubo de dar por muy dichoso con poder conservar en tierra firme como vasallo del sultan la plaza de Arta y una parte de la Etolia. El resto del Epiro con la ciudad de Janina pasó por el tratado de paz firmado en 9 de octubre de 1430, á poder del sultan Amurates que incorporó esta nueva adquisición á su imperio.

Una última victoria, considerable y notabilísima, por ser el postrer destello del levantado sentimiento patrio y de las demás cualidades grandes de la nación bizantina y de sus emperadores, pero victoria sin trascendencia histórica ni política en el destino de la península balcánica, alcanzó entonces el agonizante imperio en la Morea sobre los sucesores de los conquistadores occidentales. El príncipe Teodoro II de Misitra, aburrido de la vida política, melancólico por carácter, y cuyo constante deseo había sido abdicar y hacerse monje, cedió en 1427 ó 1428 á su hermano Tomás la castellanía de Calabrita, y una cesión análoga prometió á su otro hermano Constantino, el mas capaz, el mas emprendedor, el mas noble y mas arrojado de aquellos príncipes Paleólogos. Este último en 1.º de mayo de 1428 se había casado con la hermana de Carlos I Tocco, llamada Magdalena, que le había llevado en dote los señoríos de Glarenza y Clemuzi en la Elide, siendo mas adelante dotado muy generosamente por su hermano Teodoro II.

Constantino impulsado por su ardor juvenil y con gran disgusto de Venecia se empeñó en el verano de 1428 en una guerra con el italiano Pandolfo Malatesta, señor del obispado y principado de Patras que mucho antes había formado parte del principado de Acaya. Para que no le estorbara en esta empresa alguna intervención turca empezó al propio tiempo la restauración de las obras defensivas de Hexamilion en el istmo, mientras su amigo el célebre protovestiario ó guardarropa mayor de palacio, Jorge Frances, natural de Monembasia, trabajaba en la corte turca con extraordinaria

habilidad diplomática para acallar los recelos del sultan, y hacer que no auxiliara á Malatesta como este le suplicaba. Gracias á estos esfuerzos y al sitio de Salónica que entonces ocupaba la atención de Amurates, consiguió Constantino en 5 de junio de 1429 la rendición de la ciudad de Patras y en mayo del año siguiente la de su castillo.

Expulsado Malatesta, no quedó ya otro soberano extranjero ó franco en la península griega mas que el príncipe genovés Centurione, exceptuando la república de Venecia que ocupada en otros asuntos graves y complicados en diferentes puntos, y mirando además con antipatía al potentado genovés, no tomó cartas en el asunto cuando vió que los Paleólogos de Morea desposeyeron también á este príncipe.

Cuando Constantino Paleólogo estaba guerreando con Malatesta para arrancarle á Patras, su hermano el príncipe Tomás atacó á Centurione que encerrado en su castillo de Calandria en la orilla derecha del rio Peiros en la parte occidental de la Acaya Alta, se vió muy pronto tan apurado que no tuvo mas remedio que casar á su hija Catalina con Tomás y darle en dote su principado. La boda se celebró en enero de 1430; el viejo Centurione se retiró del gobierno quedándose solo con el título y las rentas de la baronía de Arcadia en Mesenia, y dos años despues murió. Los dos Paleólogos habían borrado los vestigios de la conquista hecha en 1204 por los cruzados del Occidente, á lo menos en Morea, bien que exceptuando las posesiones de Venecia. Este fué el último acto notable que con buen éxito ejecutaron como militares y políticos los dos hermanos. Despues se repartieron el territorio: Tomás cedió á Constantino la plaza de Calabrita y estableció su residencia y corte en Glarenza.

La suerte de la península balcánica y de los restos del imperio bizantino quedó decidida principalmente por las luchas que ocurrieron en el Norte de la península: por las que sostuvieron los húngaros, que hicieron heróicos esfuerzos para defender su territorio contra los turcos conquistadores, y por las tentativas en grande escala de las potencias europeas mas directamente interesadas para librar á Constantinopla de los mismos enemigos.

La paz nunca bien asegurada entre los turcos y los húngaros, aunque ambos pueblos son ramas de un mismo tronco, se trocó en guerra en 1432 porque Amurates creyó con fundamento ó sin él, que el rey de Hungría sobornaba para que se rebelase contra él al emir de Caramania. Con el objeto de vengarse ó porque así le conviniera, envió una gran expedición armada á Transilvania para asolar y conquistar este país, entonces muy próspero; pero en el gran reconocimiento que hizo Ali-bey, hijo de Evrenos, fué aniquilada casi completamente la expedición turca en el mismo año. Ni esta derrota, ni la nueva guerra con el citado emir de Caramania que estalló en seguida y que fué luego concluida porque Amurates se encargó personalmente de las operaciones, hicieron desistir al sultan de sus apetitos de conquista en los confines del Norte y Noroeste de su imperio, con tanto mas motivo cuanto que la fidelidad de las poblaciones cristianas situadas entre la Hungría y el imperio turco al cual habían jurado vasallaje, le inspiraba muy poca confianza. Uno de estos pueblos era el servio, y otro el válico. Jorge Brancovitz, el soberano del primero, tascaba el freno que le tenía sujeto, y á pesar de su vasallaje había hecho en 1427 una tentativa para reconquistar la plaza de Galamboz con el auxilio del gobierno búlgaro, al cual, en cambio de algunas ciudades enclavadas en territorio húngaro, había cedido la importante plaza de Belgrado, con su puerto sobre el rio construido por los romanos y que había sido últimamente la residencia y fortaleza principal del difunto rey de Servia,



Estéban Lazarevitz. Contra él marchó en 1434 el beglerbeg de Rumelia Sinan, el cual le derrotó y escarmentó tan duramente, que hubo de darse por contento con obtener la paz á costa de nuevas mermas territoriales y de la entrega de otra hija suya al harem de Amurates. No obstante, el sultan permitió, aunque con recelo, fortificar la plaza de Semendria reconstruida en 1430. Estos recelos contra el rey servio, así como contra Dracul, el soberano de Valaquia, eran fomentados por el comandante turco de la frontera servia, el fanático Ichak-bey, el cual molestó por todos los medios al rey de Servia hasta hacerle refugiarse en Hungría. En efecto, despues de la muerte del rey Segismundo, ocurrida el 9 de diciembre de 1437, se hizo la presión turca tan violenta en Servia, á causa de la actitud de Alberto de Austria yerno de Segismundo y nuevo rey de Hungría, que lo era también de Bohemia y de los Estados de Alemania, que Jorge Brancovitz tuvo que buscar asilo en territorio húngaro.

La plaza de Semendria fué sitiada á instancias de Ichak-bey y hubo de entregarse á los turcos despues de un sitio de tres meses. Ichak-bey agregó también al imperio turco casi todo el territorio servio despues de aniquilar un ejército húngaro que llegó demasiado tarde para hacerle levantar el sitio de aquella plaza. Los bosníacos se libraron con un aumento del tributo anual de 20,000 hasta 25,000 ducados.

Al año siguiente en 27 de octubre (1439) murió el rey de Hungría Alberto, suceso que cambió el aspecto político por aquel lado. El gran peligro turco determinó á muchos influyentes húngaros á ofrecer el trono de su país al joven rey de Polonia Uladislao III; pero las esperanzas que esta elección hizo nacer en Hungría, Bosnia y Servia quedaron frustradas, porque la reina viuda Isabel, habiendo dado á luz un niño cuatro meses despues de la muerte de su esposo, lo hizo coronar rey de Hungría. Este rey es conocido en la historia de aquel país con el nombre de Ladislao Póstumo. Su madre llamó tropas alemanas y bohemias para sostener su derecho y el país fué destruido por una guerra civil de sucesión. Si los turcos no aprovecharon á su manera tan calamitosa situación se debió al héroe Juan Hunyade, baron de Szolnok y conde de Temesvar, oriundo de la Transilvania válaca, y el mas influyente y entusiasta de los partidarios del joven rey de Polonia Uladislao. Ya mientras Juan Hunyade estaba trabajando con patriótico afán para robustecer la unión entre sus compatriotas y el partido de Uladislao, el comandante de Belgrado, el florentino ó ragusano Juan Urano, salvó el honor de las armas magyares, rechazando en 1440, despues de siete meses de sitio dirigido por Amurates é Ichak-bey, á las fuerzas turcas que perdieron 17,000 hombres y todas sus máquinas y demás material de sitio.

Para vengar este gran descalabro envió Ichak desde Semendria una nueva serie de expediciones devastadoras mas allá del Save hasta el Drave; pero muy pronto se encontró con Hunyade, el cual nombrado duque de Transilvania y general en jefe con poderes amplios y un numeroso ejército, mostró cualidades de gran capitán y se hizo el terror de los turcos. Cerca de Belgrado derrotó completamente á Ichak-bey, y luego se dirigió contra otro jefe turco, llamado Mesid, mas feroz si cabe que Ichak y que asolaba con otro ejército la Transilvania. Mesid consiguió derrotar á Hunyade cerca de Weisseburgo; pero este revés y la decapitación del obispo de la ciudad, ordenada por el vencedor, fueron vengados en breve por el héroe transilvano en la sangrientísima batalla de San Emerico dada para hacer levantar al enemigo el sitio de Hermanstadt que se encontraba ya muy apurada y quedó libertada con esta brillante victoria. Los turcos huyeron, pero entre otros, fueron alcanzados y acuchillados el general Mesid y su hijo. A la primavera siguiente, es decir, en 1442

envió el sultan Amurates al otro lado del Danubio un nuevo ejército de 80,000 soldados de Rumelia y del Asia Menor á las órdenes del beglerbeg Cule-Chahin. Este ejército, al llegar cerca de Vasap, á orillas del Yalomiza rio de Valaquia, fué destruido por los húngaros mandados por Hunyade y que no pasaban segun sus historiadores de 15,000 combatientes. Mas de 5,000 turcos cayeron prisioneros y entre los muertos se contaron gran número de los mejores jefes turcos.

Esta victoria dió tanta fama al jefe húngaro en todas las naciones europeas que al instante se volvió á despertar el antiguo entusiasmo de arriesgar una nueva cruzada contra los terribles descendientes de Osman. Esta idea de una gran campaña ofensiva contra los turcos tomó naturalmente mas cuerpo en la misma Hungría, sobre todo desde que con la muerte inesperada de la reina viuda Isabel en 24 de diciembre de 1442 se fortificó la unidad interior del reino. Contribuyó mucho á impulsar y robustecer esta idea la sede romana, cumpliendo de esta manera con una de sus misiones mas añejas, la de organizar con sus medios espirituales y diplomáticos la defensa comun del mundo cristiano contra el mahometismo invasor. Habian contribuido mucho á despertar la conciencia de este deber las tentativas enérgicas del emperador bizantino para llegar á poner de acuerdo á la iglesia griega con la romana. El padre de Juan VIII habia dado también pasos análogos; pero sus negociaciones habian sido poco serias y mas bien un ardid diplomático para hacerse con aliados é imponer respeto á los turcos. Juan VIII, mas formal y serio, y además en situación mas precaria, temiendo á cada instante ver llegada la última hora de lo que fué imperio bizantino, no tenia mas esperanza para salvar la desmantelada nave de su Estado que la de conseguir una alianza eficaz contra el poder absorbente turco por el único medio posible, la unión con Roma. Por desgracia no resultó de todo este entusiasmo por un lado y de la buena disposición de Roma por otro, nada que despues de tantas negociaciones detuviera un momento el destino trágico del imperio bizantino, y todo se redujo á un episodio diplomático.

Las proposiciones que el emperador Juan VIII presentó al concilio democrático de Basilea, que habia expresado el deseo de tratar directamente con el emperador, fueron causa por lo pronto de un rompimiento entre el concilio y el papa Eugenio IV, natural de Venecia. Las negociaciones de los embajadores de Eugenio y la promesa de la república de Venecia de trasladar á sus expensas al emperador á Italia, pusieron á los bizantinos de parte del papa, el cual en el verano de 1437 declaró disuelto el concilio y convocó otro nuevo, como concilio de unión, en Ferrara. Este, aunque no fué muy numeroso, abrió sus sesiones en 18 de enero de 1438, las cuales continuaron un año y al cabo de este tiempo la asamblea fué trasladada á Florencia.

El emperador Juan á fines de 1437 se puso en camino para Italia tan luego como el papa se hubo comprometido á sufragar todos los gastos de viaje y de manutención del emperador y de su séquito. En 24 de noviembre el príncipe Constantino, llamado por el emperador á la capital pocos meses antes, se encargó de la regencia y de la defensa de Constantinopla en ausencia de Juan VIII y con el auxilio de la guardia cretense y de buques de guerra venecianos. El motivo de la llamada de Constantino habia sido el deseo del emperador de poner término á una guerra estúpida que habia estallado el año anterior en la Morea entre aquel príncipe y su hermano Tomás por una parte y su otro hermano Teodoro por otra. Partió pues el emperador con una escuadrilla de seis galeras, una bizantina, tres papales y dos venecianas; visitó la Morea; desde Navarino pasó directamente

á Venecia donde entró el 8 de febrero de 1438, y 27 dias despues llegó á Ferrara. En todas las ciudades fué recibido régicamente, y por su parte el emperador y su séquito en sus recepciones fastuosas no desmintieron la antigua fama del magnífico y solemne aparato imperial de Constantinopla. Formaban parte del séquito su hermano Demetrio, muchos monjes del Monte Atos y altos dignatarios de la iglesia griega, entre los cuales nombraremos el patriarca José de Constantinopla; el gran-ecclesiarca, consejero íntimo del patriarcado é historiador del viaje, de las negociaciones y discusiones á que dió lugar, Silvestre Sirópulo; el metropolitano de Efeso Marcos Eugenio, el adversario mas tenaz de la unión religiosa; y por último, el eminente Besarion, que habia nacido en Trebisonda en 1395, y en 1437 habia sido nombrado arzobispo de Nicea, personaje favorable á la unión (1) lo mismo que su gran maestro el hombre mas docto de su época, Gemisto Pleton, defensor acérrimo de la filosofía platónica. Este último acompañaba al emperador como miembro y representante del senado ó consejo del imperio.

Grandes fueron los debates teológicos y los esfuerzos que se hicieron para llegar á un acuerdo entre las dos iglesias; pero lo poco que se alcanzó no fué debido á la convicción, á pesar de tanta polémica docta, sino al terror que inspiraba á todos el poder siempre creciente y cada vez mas insolente de los turcos en las cuencas del Danubio y del Save, y por parte de los bizantinos la esperanza de una poderosa coalición armada de las potencias occidentales contra los comunes enemigos.

Por fin encontróse una fórmula de avenencia que fué adoptada por todos, menos por el metropolitano Marcos de Efeso. Fué un espectáculo imponente cuando en presencia del papa, del emperador Juan y del alto clero de los diversos países, el cardenal Julian Cesarini, entonces la mano derecha del sumo pontífice Eugenio IV, leyó en la catedral de Florencia el 6 de julio de 1439 el pacto de unión entre las dos iglesias en lengua latina, que despues leyó el arzobispo Besarion en lengua griega.

Quien mas ganó en esto fueron los florentinos, á los cuales concedió el emperador Juan VIII á su partida de aquella ciudad en agosto del mismo año como señal de gratitud por su espléndida hospitalidad los mismos derechos y privilegios que habian disfrutado en el imperio bizantino los pisanos, sometidos á Florencia desde el año 1406, sin exceptuar la iglesia de San Pedro y la casa consistorial que tuvieron en otra época en Constantinopla. Entre los productores y comerciantes florentinos obtuvieron ventajas principalmente los fabricantes de géneros de lana que gozaban de grandísima fama y eran ávidamente buscados en todo el Oriente. Hacia ya tres años que existia una comunicación marítima directa y regular entre Florencia y Constantinopla; pero desde 1439 se estableció en esta última capital una colonia florentina, independiente de la catalana con la cual habia formado hasta entonces una sola. En segunda línea salió también beneficiado el papa, que con la obra de la unidad

(1) Besarion fué uno de los primeros que introdujeron en los países de Occidente la filosofía y filología de los griegos antiguos. El papa Eugenio IV le nombró cardenal, y Nicolás V obispo de Sabina, de donde pasó con igual cargo á Frascati. Desde 1450 hasta 1455 gobernó la legación de Bolonia. Despues fué patriarca titular de Jerusalem; y hubiera sido elegido papa en 1455, áno ser por intrigas que le atrajeron la enemistad del papa Paulo II y ultrajes de parte de Luis XI rey de Francia, que causaron su muerte en Ravena el 19 de noviembre de 1472. Regaló su valiosa biblioteca á la ciudad de Venecia para que sirviera como pública. Escribió muchas obras apreciables de polémica y traducciones latinas de autores griegos, y fué hasta la muerte patriota que trabajó ardorosamente, aunque sin resultados, por restaurar el imperio y librarlo de los turcos. (N. del T.)

religiosa adquirió grandísima importancia y autoridad en los países de Occidente con notable perjuicio de sus adversarios que habian constituido el concilio de Basilea.

Ninguna ventaja trascendental sacaron los bizantinos de su unión con Roma. Grandes promesas se hicieron; pero como auxilio positivo solo dió el papa, por lo pronto, el sueldo de un año para 300 ballesteros y dos buques de guerra. En cambio no tardó la tan celebrada unión religiosa en ser un manantial de diferencias lamentables entre las dos cortes, porque el emperador no pudo hacer cumplir el pacto á sus súbditos, tanto laicos como eclesiásticos, que estaban decididos á no ratificarlo. El orgullo inveterado y el odio á Roma igualmente secular é invencible del pueblo bizantino se oponian á ello; y cuanto mas lastimosa se iba haciendo la situación política, mas crecia el orgullo bizantino y mas fanáticamente apegado se mostraba el pueblo á las mas nimias particularidades de sus dogmas y ritual que le parecian los timbres mas preciosos de su nacionalidad. Fomentaron con celo apasionadísimo esta tendencia los monjes del Monte Atos y los de los 300 conventos que existian en el interior y en las inmediaciones de Constantinopla. La noticia de la victoria que la sede romana habia conseguido en el concilio de Florencia, y la de que en adelante la Iglesia griega habia de quedar sometida á Roma, excitaron tanto furor en los bizantinos, que cuando regresó el emperador á su capital en el mes de febrero del año 1440 fué recibido por el pueblo con imprecaciones. El metropolitano de Efeso, Marcos Eugenio, no ocultó su ira, que encontró poderoso eco en todas partes, en Constantinopla, en Rusia, en todas las metrópolis eclesiásticas del Asia, como igualmente en Alejandría; y hasta los prelados que habian acompañado al emperador en su viaje, se arrepintieron de haber prestado su conformidad á la fórmula de avenencia. Únicamente Besarion fué consecuente sin por esto renunciar á su amor patrio, y sin cesar de trabajar en favor de su país y de sus compatriotas; pero se quedó en Italia, donde el papa le honró muchísimo y le confió misiones importantes.

En situación tan apurada no tuvo mas recurso el emperador que poner en movimiento todos los resortes diplomáticos para apaciguar la indignación y los recelos del sultan. Amurates, sin embargo, por vía de represalias auxilió en 1442 al hermano del emperador, el perverso príncipe Demetrio, en una guerra facciosa que le movió entonces con un motivo baladí. El caso fué que habiéndose casado Demetrio á disgusto de su hermano, este no quiso dotarle, y entonces Demetrio aprovechó el descontento general originado por la cuestión religiosa, y con guerreros turcomanos nómadás que tomó á su servicio comenzó la guerra civil en 23 de abril de 1442 y hasta reclamó la sucesión al trono por ser el primer hijo que tuvo el emperador Manuel despues de haber sido coronado. Este malvado asoló el llano de Constantinopla á sus anchas hasta la llegada del príncipe Constantino que detenido largo tiempo por una escuadra turca, consiguió pasar adelante con el auxilio de una escuadra veneciana, y ponerse con esta á las órdenes del emperador. Demetrio fué hecho prisionero por una columna volante y su hueste asiática se disolvió; pero el príncipe consiguió evadirse y ponerse bajo la protección del podestá genovés de Gálata que se encargó del papel de mediador, no obstante que diez años antes, en 1433 y 1434, habia estado en guerra abierta con el emperador por cuestiones de impuestos. El podestá logró un arreglo entre los dos hermanos á principios del año 1443, cuya base principal fué la promesa de una dotación para Demetrio; pero Juan VIII se olvidó de cumplirla cuando vió que se empeoraba la situación del sultan Amurates, con el cual Demetrio conservaba todavía relaciones. En el mis-